

Y quitándose la escarapela blanca, colocó en su lugar la escarapela tricolor.

Un prolongado hurra de triunfo resonó en toda la plaza. Gilberto se volvió profundamente conmovido.

Conocía que el pueblo iba demasiado aprisa y que el rey oponía una resistencia demasiado débil.

— ¡Viva el rey! gritó Billot, que dió de este modo la señal de una segunda salva de aplausos.

— El rey ha muerto, murmuró Gilberto; ya no hay rey en Francia.

Habían formado con mil espadas una bóveda de acero desde el punto en que Luis XVI bajó de su carruaje hasta el salón donde le esperaban.

El rey pasó por debajo de aquella bóveda y desapareció en lo interior del Hotel de Ville.

— Ese no es un arco de triunfo dijo Gilberto; son las Horcas Caudinas.

Después arrojando un suspiro, dijo:

— ¡Ah! ¡qué diría la reina!

CAPITULO XXXVI

Lo que pasaba en Versalles mientras que el rey oía los discursos de la municipalidad.

En el Hotel de Ville fué recibido el rey con el mas grande entusiasmo, llamándole el restaurador de la libertad.

Invitado á hablar (pues la sed de discursos se hacia cada vez mas intensa, y el rey deseaba conocer el modo de pensar de cada uno) Luis XVI puso su mano sobre el corazón y tan solo dijo.

— Señores, podeis contar siempre con mi amor.

En tanto que en el Hotel de Ville oía las comunicaciones del gobierno, pues desde aquel dia hubo un verdadero gobierno constituido en Francia al lado del trono y de la Asamblea nacional, el pueblo en la parte de afuera, se familiarizaba con los hermosos caballos del rey, con su do-

rado carruaje, con los cocheros y con los lacayos de S. M.

Pitou, desde que Luis XVI entró en el Hotel de Ville, se entretenia gracias á un luis que le dió Billot, en hacer con cintas azules, blancas, y encarnadas, una coleccion de escarapelas nacionales de todos tamaños con que adornaba las orejas de los caballos, los arneses y todo el carruaje.

Visto lo cual por la multitud imitadora, trasformó en un momento el carruaje de S. M. en un establecimiento de escarapelas.

El cochero y el lacayo fueron tambien decorados con una infinidad de aquellas cintas.

Y ademas dentro del coche habian arrojado unas cuantas docenas de ellas.

No obstante; preciso es confesar que Mr. de Lafayette, que habia permanecido á caballo en medio de la plaza, habia procurado contener á aquellos celosos propagadores de los colores nacionales; pero no pudo conseguirlo.

Así es que cuando el rey salió del Hotel de Ville:

— ¡Oh! exclamó al ver toda aquella profusion de adornos.

En seguida hizo señal con la mano á Mr. de Lafayette para que se acercase.

Mr. de Lafayette se acercó respetuosamente, bajando la punta de su espada.

— Mr. de Lafayette, le dijo el rey, os buscaba con el fin de decirnos que ratifico vuestro nombramiento para el mando de los guardias nacionales.

Y volvió á subir al carruaje en medio de los aplausos de la multitud.

En cuanto á Gilberto, tranquilo ya, respecto al rey, se quedó en la sala de sesiones con los electores y con Bailly.

Las observaciones no habian terminado aun.

Sin embargo; al oír los gritos que saludaban la despedida del rey, se acercó á la ventana y dirigió una última mirada sobre la plaza, para vigilar la conducta de los dos campesinos.

Seguían siendo, ó al menos parecían ser los mejores amigos del rey.

De pronto Gilberto vió llegar por el muelle Pelletier á un caballero lleno de polvo, que se abría paso por medio de la multitud todavía dócil y respetuosa.

El pueblo bueno y complaciente aquel día, sonreía diciendo :

— ¡ Un oficial del rey ! ¡ un oficial del rey !

Y los gritos de viva el rey saludaron al oficial, y las mujeres acariciaban su caballo cubierto de espuma.

El oficial llegó hasta el carruaje del rey, en el momento en que el cazador acababa de cerrar la portezuela.

— ¿ Sois vos, Charny ? dijo Luis XVI.

Y luego en voz mas baja :

— ¿ Qué hay de nuevo por allá ? preguntó.

Y mas bajo aun :

— ¿ Y la reina ?

— Inquieta, señor, respondió el oficial introduciendo su cabeza casi dentro del coche,

— ¿ Volveis á Versalles ?

— Sí, señor.

— Pues entónces tranquilizad á mis amigos ; todo vá á las mil maravillas.

Charny saludó, levantó la cabeza y vió á Mr. de Lafayette, quien le hizo una seña amistosa.

Charny se dirigió hácia él y Lafayette le alargó la mano.

Lo cual fué causa de que el oficial del rey y su caballo fuesen llevados por la multitud desde aquel punto hasta el muelle, donde, gracias á las previsoras consignas de la guardia nacional, se habia formado una muralla humana para cuando pasase S. M.

El rey mandó, que el carruaje prosiguiera al paso hasta la plaza de Luis XV : allí encontró á los guardias de corps que esperaban, no sin alguna inquietud, el regreso de S. M. : de manera que desde aquel momento, cundiendo esta inquietud en todos los ánimos, los caballos tomaron un paso, que fué acelerándose á medida que se adelantaban en el camino de Versalles.

Gilberto desde la ventana, comprendió la causa de la llegada de aquel oficial, aunque no le conocia. Advinaba las angustias de la reina, tanto mas cuanto que hacia tres horas que no habia podido salir ningun correo con direccion á Versalles, por no escitar sospechas, ó por no dar á conocer un sentimiento de debilidad.

Sin embargo, Gilberto no suponía mas que una parte de lo que habia pasado en Versalles.

Nosotros llevaremos allí al lector, á quien no tratamos de hacer leer un curso de historia.

La reina habia recibido el último correo á las tres.

Gilberto habia hallado medio de enviarlo en el momento en que el rey, pasando bajo la bóveda de acero, entró sano y salvo en el Hotel de Ville.

Al lado de la reina, se hallaba la condesa de Charny que acababa de levantarse de la cama, en donde una grave indisposicion la habia retenido desde el día anterior.

Estaba aun pálida, y apenas tenia fuerzas para levantar los ojos, cuyos pesados párpados caían como bajo el peso del dolor ó de la vergüenza.

La reina, al verla se sonrió ; pero con esa sonrisa de costumbre que parece estereotipada sobre los labios de los príncipes y de los reyes.

Después, como se hallaba aun exaltada por la alegría de ver á Luis XVI en seguridad :

— Otra excelente nueva, dijo á los que la rodeaban ; ¡ ojalá todo el día se pase como hasta aquí !

— ¡ Oh ! señora, dijo un cortesano ; V. M. no tiene motivos para inquietarse ; los parisienses conocen demasiado bien la responsabilidad que pesa sobre ellos.

— Pero señora, dijo otro cortesano menos confiado ; ¿ está bien segura V. M. de la autenticidad de las noticias ?

— ¡ Oh ! sí, respondió la reina ; el que nos las envía me ha respondido del rey con su cabeza : además le creo un amigo.

— ¡ Oh ! si es un amigo, ya es otra cosa, dijo el cortesano inclinándose.

Mad. de Lamballe estaba á pocos pasos, y acercándose :

— ¿Es, la dijo, el nuevo médico del rey?

— Sí, Gilberto, respondió aturdidamente la reina, sin pensar que hacia á su lado una profunda herida.

— ¡Gilberto! exclamó Andrea estremeciéndose como si la hubiese mordido una víbora en el corazón; ¡Gilberto amigo de V. M!

Andrea se volvió, y con los ojos inflamados, con las manos crispadas por la cólera y la vergüenza, acusaba orgullosamente á la reina en sus miradas y en sus ademanes.

— Pero... sin embargo... dijo la reina vacilando.

— ¡Oh señora, señora! murmuró Andrea con el tono de las mas amarga reconvencción.

Un silencio profundo se estableció alrededor de este misterioso incidente.

En medio de este silencio resonaron unos pasos mesurados en la próxima habitación.

— Mr. de Charny, dijo á media voz la reina, como para advertir á Andrea de que se contuviera.

Charny habia oido y visto, pero Charny no comprendia nada.

Observó la palidez de Andrea y la inquietud de la reina.

No le era permitido interrogar á la reina, pero Andrea era su muger y tenia el derecho de preguntarla.

Se acercó á ella, y con el tono del mas amistoso interés:

— ¿Qué teneis, señora? la preguntó.

Andrea hizo un esfuerzo sobre sí misma.

— Nada, señor conde, respondió.

Entónces Charny se volvió hácia la reina, que á pesar de su costumbre de hallarse en situaciones difíciles, habia por diez veces intentado una sonrisa, que no habia logrado hacer aparecer en sus labios.

— Parece que dudais de la adhesión de M. Gilberto, dijo á Andrea; ¿teneis algun motivo para sospechar de su fidelidad.

Andrea nada contestó.

— Hablad, señora; respondió, insistió Charny.

Después, como Andrea continuaba callada:

— ¡Oh! no os calleis, prosiguió; esa delicadeza seria ¡presente imperdonable. Pensad que se trata de la salvación de nuestro soberano.

— No sé, caballero, por qué me decís eso, respondió Andrea.

— Habeis dicho, yo mismo lo he oido, y apelo además á la princesa, dijo saludando á Mad. de Lamballe; habeis dicho: ¡oh, ese hombre amigo vuestro!

— Es verdad, eso habeis dicho, amiga mia, respondió la princesa con la mayor sencillez.

Y entónces, acercándose á su vez á Andrea:

— Si sabeis algo, Mr. de Charny tiene razon, debeis decirlo.

— Por piedad, señora, la dijo en voz bastante baja, para no ser oida mas que de la princesa.

La princesa se alejó.

— ¡Oh, Dios mio! no vale la pena todo ello, dijo la reina, conociendo que hubiera sido ya una falta de lealtad el no intervenir en la conversacion. La señora condesa experimentaba sin duda un vago temor; decia que era muy difícil que un revolucionario de América, que un amigo de Mr. de Lafayette, fuese amigo nuestro.

— Sí, era un vago temor, muy vago, repitió maquinalmente Andrea.

— Un temor semejante al que estos señores experimentaban antes de que la condesa diese á conocer el suyo.

Y diciendo estas palabras, señaló con sus miradas á los cortesanos, cuyas dudas habian promovido aquella conversacion.

Pero era menester mas que esto para convencer á Charny.

El embarazo que habia producido su llegada, le hacia sospechar algun misterio.

Así es que volvió de nuevo á la carga.

— No importa, señora, dijo; me parece que seria un deber vuestro el no espresar únicamente un vago temor, sino precisar los motivos de él.

— ¡Pues qué! dijo la reina con alguna aspereza: ¿volveis á insistir aun?

— ¡Señora!

— Perdonad, pero veo que aun haceis preguntas á la señora condesa de Charny.

— Excusadme, señora, dijo Charny; es por interés, es por...

— Por vuestro amor propio, ¿no es verdad? ¡Ah, caballero Charny! añadió la reina con una ironía que el conde no pudo menos de conocer.

Decidlo francamente, estais celoso?

— ¡Celoso! exclamó Charny ruborizandose, celoso ¿y de quién?

— Sin duda de vuestra esposa, respondió la reina con acrimonia.

— ¡Señora! murmuró Charny aturdido por aquella ruda provocacion.

— Es muy natural, prosiguió en igual tono María Antonieta, y la condesa vale la pena de tener celos.

Charny lanzó á la reina una mirada, para advertirla de que caminaba demasiado lejos.

Pero era una mirada inútil, y una precaucion supérflua; cuando aquella leona se hallaba herida, nada la podía contener.

— Sí, bien comprendo que esteis celoso, caballero Charny; celoso é inquieto; este es el estado normal de toda alma que ama, y por lo tanto teme.

— ¡Señora! repitió Charny.

— Tambien yo, continuó la reina, experimento los mismos sentimientos que vos en estos momentos. Estoy á un mismo tiempo celosa é inquieta.

Y acentuó la palabra *celosa*.

— El rey está en París, y no puedo estar tranquila.

— Pero señora, dijo Charny que no comprendia nada de aquella tempestad que iba siempre en aumento; acabais de recibir noticias del rey: estas noticias son buenas, y debian por lo tanto tranquilizaros.

— ¿Os habeis quedado vos tranquilo, cuando la con-

desa y yo os hemos dado explicaciones hace un momento?

Charny se mordió los labios.

Andrea empezaba á alzar la cabeza sorprendida y asustada á un mismo tiempo; sorprendida de lo que oía, y asustada de lo que creia comprender.

El silencio que produjo antes la primera pregunta de Charny, lo guardaba ahora la reunion por la reina.

— En efecto, prosiguió esta con una especie de furor; hay en el destino de las personas que aman algo que les hace no pensar mas que en el objeto de su amor. Seria una alegría para los pobres corazones el sacrificar cruelmente todo sentimiento que los agita. ¡Dios mio, que inquieta me hallo por el rey!

— Señora, se atrevió á decir uno de los que allí estaban, ya llegarán otros correos.

— ¡Ah! que no pudiera encontrarme ahora mismo en París, ¡por qué no estaré al lado del rey! dijo María Antonieta que habia visto turbarse á Charny desde el instante en que trató de inspirarle unos celos que ella experimentaba con tanta violencia.

Charny se inclinó ante la reina.

— Si ese es vuestro deseo, dijo, yo voy allá; y si como teme V. M. hay algun peligro para el rey, si su preciosa cabeza está espuesta, creed, señora, que no será por falta de esponer la mia. Partiré ahora mismo.

Y con efecto, saludó dando un paso para salir.

— ¡Caballero, caballero, exclamó Andrea colocándose delante de Charny; mirad por vos!

No faltaba á aquella escena mas que la explosion de los temores de Andrea.

Así es que apenas Andrea, sacada á su pesar de su estado habitual de frialdad, hubo pronunciado estas palabras imprudentes y manifestado esta inusitada solicitud, la reina se puso espantosamente pálida.

— ¡Señora! dijo á Andrea; estais usurpando el papel de reina.

— ¡Yo, señora! baluceó Andrea, comprendiendo

que acababa por la vez primera de hacer brotar fuera de sus lábios el fuego que abrasaba su alma tanto tiempo hacia.

— Vuestro esposo, continuó María Antonieta, está al servicio del rey, vá á buscarlo, y si se espone es por su soberano. ¡Y cuando se trata del servicio del rey, encargais á Mr. de Charny que mire por sí!...

A estas fulminantes palabras, Andrea perdió en un todo el conocimiento, y hubiera caído al suelo, si Charny, precipitándose hácia ella, no la hubiese sostenido en sus brazos.

Un movimiento de indignacion que Charny no pudo reprimir, acabó de desesperar á María Antonieta que creia ser únicamente una rival ofendida, y que habia sido una soberana injusta.

— La reina tiene razon, dijo Charny haciendo un esfuerzo, y vuestras palabras han sido poco meditadas; vos, señora, no teneis esposo cuando se trata de los intereses del rey. Y á mí es á quien corresponde mandaros que contuviérais vuestra sensibilidad, si creyese que os dignábais experimentar algun temor por mí.

Despues, volviéndose á María Antonieta.

— Estoy á las órdenes de la reina, dijo con frialdad, y marchó ahora mismo. Os traeré nuevas del rey y buenas noticias, ó no volveré.

Despues de dichas estas palabras, se inclinó profundamente y salió de la estancia sin que la reina, herida á un mismo tiempo por el terror y por la cólera, hubiese pensado en retenerle.

Un momento despues, se oyeron en el patio las herraduras de un caballo que salia á todo galope.

La reina permaneció inmóvil, aunque presa de una agitacion interior, tanto mas terrible, cuanto que hacia los mayores esfuerzos para ocultarla.

Cada cual, comprendiendo ó no, la causa de esta agitacion, respetaba al menos, retirándose, el reposo de su soberana, y la dejaron sola.

Andrea salió tambien de la habitacion, abandonando á

María Antonieta á las caricias de sus dos hijos que habia enviado á buscar, y que acababan de llegar en aquel momento.

CAPITULO XXXVII

La vuelta.

Habia llegado la noche y con ella el fúnebre cortejo de temores y de siniestras visiones, cuando de repente se oyeron gritos en la parte opuesta del palacio.

La reina se estremeció, y levantándose, corrió hácia su ventana mas próxima.

Casi en el mismo instante entraron en su habitacion algunas personas de su servidumbre, gritando llenos se júbilo:

— ¡ Un correo, señora, un correo!

Tres minutos despues se precipitaba un húsar en la antecámara.

Era éste un teniente, enviado por Mr. de Charny, que llegaba á todo correr de Sevres.

— ¿Y el rey? preguntó la reina.

— S. M. estará aquí dentro de un cuarto de hora lo mas tarde, respondió el oficial, que apenas podia hablar.

— ¿Sano y salvo?

— Sano y salvo, y muy contento.

— ¿Le habeis visto?

— No, señora; pero Mr. de Charny me lo ha dicho al tiempo de enviarme aquí.

El oficial hizo un saludo y se retiró.

La reina se estremeció de nuevo al oír aquel nombre que la casualidad colocaba al lado del nombre del rey.

— Gracias, caballero; id á descansar, dijo al jóven.

La reina, tomando de la mano á sus dos hijos, se dirigió hácia la puerta de entrada, en donde habian ya acudido la servidumbre y los cortesanos.

La vista perspicaz de la reina, advirtió desde el primer momento á una jóven vestida de blanco y apoyada de codos sobre la balustrada de piedra, que dirigia sus afa-

nosas miradas, procurando penetrar en las tinieblas de la noche.

Era ésta Andrea, á quien la presencia de la reina no logró sacar de su preocupacion.

Sin duda, Andrea, tan puntual en colocarse al lado de la reina, ó no la habia visto ó aparentaba que no la veia.

Conservaba rencor por las palabras de María Antonieta : palabras crueles que la habian hecho sufrir mucho durante todo aquel dia.

O bien, llevada de un sentimiento de poderoso interés, esperaba con ansia la vuelta de Charny, por quien habia demostrado tan tierna solicitud.

Doble herida que volvia á abrirse en el corazon de la reina.

Esta prestó muy poca atencion á los cumplimientos y á la alegría que demostraban los cortesanos y los amigos del rey.

Por un momento se sintió distraida del violento dolor que la habia abrumado durante la noche. Habia en su corazon una tregua en la inquietud que le causaba el viage del rey, amenazado por tantos enemigos.

Pero con un alma fuerte, arrojó de él muy pronto todo sentimiento ilegítimo, puso á los pies de Dios sus celos, inmoló su cólera y sus alegrías secretas á la santidad del juramento conyugal.

Dios era, sin duda, quien le enviaba como un descanso y como un sosten, esta consoladora facultad de amar á su esposo sobre todo lo demás.

En este momento, al menos, lo sintió ó creyó sentirlo; el orgullo de la soberana elevaba á la reina por encima de las demas pasiones terrestres; el amor del rey era su egoismo.

Habia enteramente rechazado de su alma las pequeñas venganzas de muger y las frívolas coqueterías, cuando las luces de la escolta aparecieron en el extremo de una calle de árboles. Estas luces fueron haciéndose mayores con la velocidad de la carrera.

Oíase ya el relincho y la respiracion de los caballos.

El suelo retemblaba en medio del silencio de la noche, bajo el peso acompasado de los escuadrones que se acercaban á galope.

Las verjas se abrieron, y las gentes que se hallaban en los puestos acomodados, se avanzaron al encuentro del rey dando gritos de entusiasmo.

El coche resonó con estrépito sobre el embaldosado del patio principal.

Aturdida, entusiasmada, loca, con todas las diversas sensaciones que habia experimentado, y con la que sentia en aquel momento, la reina se precipitó por la escalera para llegar hasta Luis XVI.

El rey descendió del carruage, subió precipitadamente la escalera en medio de sus oficiales, conmovidos por los acontecimientos y por su llegada, en tanto que abajo los guardias, unidos con los palafreneros y escuderos, arrancaban del carruage y de los arreos todas las escarapelas con que el entusiasmo de los parisienses los habia adornado.

El rey y la reina se encontraron en mitad del camino.

La reina, exhalando un grito de alegría y de amor, abrazó una y mil veces á su esposo sollozando, como si al estrecharle en sus brazos hubiese creído no volverle á ver.

Enteramente entregada á aquella alegría, no vió el silencioso apretón de manos que Charny y Andrea acababan de cambiar.

Aquel apretón era bien poca cosa; pero Andrea era la primera que se hallaba al pie de la escalera, y era la primera que Charny habia visto y saludado. La reina, después de haber presentado sus hijos al rey, les hizo abrazarle, y entónces el delfin, viendo en el sombrero de su padre la nueva escarapela sobre la que los hachones proyectaban una sangrienta luz, exclamó con infantil admiracion :

— ¡Papá, teneis sangre en vuestra escarapela!

Era el color encarnado nacional.

La reina, dando un grito, miró á su vez.

El rey bajó la cabeza para abrazar á su hijo; pero en realidad, para ocultar su vergüenza.

María Antonieta arrancó esta escarapela con un profundo disgusto, sin ver aquella orgullosa reina, que hería en el corazón á una nación que se vengaría un día de este ultraje.

— ¡ Arrojad eso, señor ! dijo.

Y tiró por la escalera aquella escarapela que fué pisoteada por toda la escolta que conducía al rey á sus habitaciones.

Esta rara transición estinguió en la reina todo el entusiasmo conyugal ; buscaba con la vista, pero sin parecer buscarle, á Mr. de Charny que se hallaba en sus filas como un soldado.

— Os doy mil gracias, caballero, le dijo, así que se encontraron sus miradas. Habeis cumplido vuestra promesa.

— ¿ A quién habláis ? preguntó el rey.

— A Mr. de Charny, contestó resueltamente la reina.

— ¡ Ah ! ¡ pobre Charny ! le ha costado sumo trabajo llegar hasta donde yo estaba. ¿ Y Gilberto ? añadió el rey, no le veó.

La reina, prevenida ya por lo que habia pasado antes,

— Venid á cenar, dijo variando de conversacion. Señor de Charny, prosiguió, buscad á la señora condesa, y que venga con vos ; cenaremos en familia.

En este momento fué reina, pero suspiró al ver que Charny, que estaba triste, se puso contento.

CAPITULO XXXVIII

Foulon.

Billot rebosaba de alegría.

Habia tomado la Bastilla, habia puesto en libertad á Gilberto, habia sido distinguido por Lafayette que le llamaba por su nombre, y por último habia visto el entierro de Foulon.

Pocos hombres en aquella época eran tan aborrecidos

como Foulon ; uno tan solo hubiera podido rivalizar con él, y era su yerno, Mr. Berthier de Savigny.

Así es que cada uno habia tomado su partido al día siguiente de la toma de la Bastilla.

Foulon habia muerto y Berthier se habia escapado.

Lo que habia puesto el colmo á la impopularidad de Foulon, fué aceptar á la retirada de Necker la plaza del virtuoso genovés, como le llamaban entónces, y haber sido tres días recaudador general.

Así es que se habia cantado y bailado mucho en su entierro.

Por un momento habian tenido la idea de sacar el cadáver del ataúd y ahorcarle, pero Billot, subiendo en un guardacanton pronunció un discurso sobre el respecto que se debia á los muertos, y el carro fúnebre continuó su camino.

Pitou habia pasado al rango de héroe.

Pitou era el amigo de Mr. Elias y de Hullin, que se dignaban encargarle de sus comisiones.

Era además el confidente de Billot, que habia sido, como hemos dicho, distinguido por Lafayette, quien le encargaba algunas veces que le abriese paso por entre la multitud con sus anchos hombros y sus hereúleos puños.

Desde el viage del rey á París, Gilberto, puesto en comunicacion por Mr. de Necker con los principales de la Asamblea nacional y de la municipalidad, trabajaba sin descanso en la educacion de esta revolucion naciente.

Así es que descuidaba á Billot y á Pitou, que abandonados por él, se arrojaban ardientemente en las reuniones de ciudadanos, en cuyo seno trataban cuestiones de la política mas trascendental.

En fin, un día en que Billot habia pasado tres horas en dar su parecer sobre el abastecimiento de provisiones de París á los electores, y que fatigado de haber perorado, descansaba con placer en el monotonó ruido de los discursos de sus sucesores, que se guardaba muy bien de escuchar, Pitou corrió sobresaltado y se deslizó como una anguila en la sala de las sesiones del Hotel de Ville, y con

una voz conmovida que contrastaba con la habitual tranquilidad de su acento :

— ¡ Oh ! ¡ señor Billot, dijo, querido señor Billot !

— Y bien, ¿ qué hay ?

— Una gran noticia.

— ¿ Buena ?

— Gloriosa nueva.

— ¿ Y qué es ?

— Ya sabéis que habia yo ido al club de las Virtudes.

— Sí.

— Pues bien; allí se se decia una cosa muy extraordinaria.

— ¿ El qué ?

— ¿ Sabéis que ese malvado de Foulon se ha hecho pasar por muerto y ha hecho como que se dejaba enterrar ?

— ¡ Se ha hecho pasar por muerto ! ya lo creo, y tan muerto, como que yo mismo he visto pasar su entierro.

— Pues bien, señor Billot, está vivo

— ¡ Vivo !

— Lo mismo que vos y que yo.

— Tú estás demente.

— Señor Billot, no estoy demente; el traidor Foulon, el enemigo del pueblo, la sanguijuela de la Francia, el usurero, no ha muerto.

— Pero si te digo que le han enterrado á consecuencia de un ataque de apoplejía; te repito que yo mismo he visto el entierro, y he impedido que le sacaran de su ataúd para ahorcarle.

— Pues yo acabo de verle vivo.

— ¿ Tú ?

— Como os estoy viendo á vos. Dicen que quien ha muerto ha sido uno de sus criados, y que el tunante le ha hecho un entierro de aristócrata. ¡ Oh ! todo ha sido descubierto; ha obrado así temiendo la venganza del pueblo.

— Dame pormenores, Pitou.

— Venid un momento ahí fuera conmigo; allí estaremos mas á nuestras anchas.

Y dicho esto, salieron del salon.

— Primeramente, dijo Pitou, necesito saber si Mr. Bailly está aquí.

— Habla, aquí está.

— Bueno. Pues señor, me hallaba yo en el club de las Virtudes, donde escuchaba el discurso de un patriota. Ese que cometia tantos barbarismos. Bien se conoce que no ha estudiado con el cura Fortier.

— ¡ Bah ! bien sabes tu que se puede ser buen patriota sin saber leer ni escribir.

— Cierto, dijo Pitou. De repente entró un hombre sofocado gritando : ¡ Victoria ! ¡ victoria ! Foulon no ha muerto; Foulon vive, le he encontrado yo, le he visto.

Lo mismo que vos, señor Billot, no querian creerlo. Unos decian : ¿ Quién ; Foulon ? Otros, sí, sí, ya lo escuchamos; otros exclamaban; bien. Pero mientras estás aquí, podias haber descubierto á su yerno Berthier.

— ¡ Berthier ! exclamó Billot.

— Sí Berthier de Savigny, ya sabéis; nuestro intendente de Compiègne, el compañero de Mr. Isidoro de Charny.

— ¡ Oh ! sí; ¿ aquel que era tan adusto con todos y tan cortés con Catalina ?

— Justamente, dijo Pitou; un tunante de contratista, una secunda sanguijuela del pueblo francés, una execración del género humano, la verguenza del mundo civilizado, como decia el virtuoso Lustalot.

— ¿ Vamos, y qué ? preguntó Billot.

— Es verdad, dijo Pitou; *ad eventum festina*, lo cual quiere decir, querido señor Billot; vamos al desenlace. Continuó, pues; áquel hombre llegó al club de las Virtudes sofocado y gritando; he hallado á Foulon, le he hallado.

— Se equivoca, dijo el testarudo Billot.

— No se equivoca, pues yo mismo le he visto.

— ¿ Tú le has visto ? Pitou.

— Con mis propios ojos. Escuchad.

— Ya escucho; pero me haces desesperar.

— Os decia, pues, que se habia hecho pasar por muerto,

y que habia hecho enterrar en su lugar á uno de sus criados. Afortunadamente, la Providencia velaba.

— ¡Sí, sí, la Providencia! dijo desdeñosamente el volteriano Billot.

— Quiero decir, la nacion; replicó humildemente Pitou. Este buen ciudadano, este patriota sofocado que daba la noticia, le habia reconocido en Biry, donde se habia ocultado.

— ¡Ah!

— Habiéndole reconocido, le denunció, y el sindico, que se llama Mr. Rappe, le mandó poner preso inmediatamente.

— ¿Y que nombre tiene ese patriota que ha tenido el valor de cometer semejante accion.

— ¿De denunciar á Foulon?

— Sí.

— Se llama Mr. San Juan.

— ¡San Juan! ese es un nombre de lacayo.

— Como que es el lacayo del tuno de Foulon. ¡Aristócrata! ¡bien hecho! por qué tiene lacayo.

— Pitou, lo que me dices me interesa bastante; dijo Billot aproximándose al que hablaba.

— Sois muy bueno, señor Billot. Foulon denunciado y preso es conducido á Paris; el delator iba delante para anunciar la noticia y recibir el premio de su denuncia, de modo, que poco despues que él, llego Foulon á Paris.

— ¿Y tú le has visto?

— Sí, tenia un aire de tuno, y le habian puesto un collar de ortigas en vez de corbata.

— ¿De ortigas? ¿y como era eso?

— Porque el muy pícaro, parece que ha dicho que el pan se ha hecho para los hombres, el heno para los caballos, pero que las ortigas son buenas para el pueblo.

— ¿Ha dicho eso el miserable?

— Sí, señor, ¡ voto á tal!

— Bien; ¡ ya juras!...

— ¡ Bah! dijo Pitou con desenfado; ¡ entre militares!..

En fin, él iba á pie, y le iban dando de palos por todo el camino.

— ¡ Ah! dijo Billot con algo menos de entusiasmo.

— Esto era muy divertido, continuó Pitou; solamente que no todos podian darle, pues que eran mas de diez mil las personas que gritaban detras de él.

— ¿Y despues? dijo Billot, que empezaba á reflexionar.

— Despues le llevaron á casa del presidente del distrito de San Marcélo; un buen hombre, como ya sabeis.

— Sí, Mr. Aeloque.

— Sí, sí, precisamente; éste le mandó llevar al Hotel de Ville, pues no sabia que hacer de él, de manera que vais á verle.

— ¿Pero cómo es que eres tú el que viene á traer esa noticia, y no el famoso San Juan?

— Porque mis piernas son seis pulgadas mas largas que las tuyas; él salió antes que yo, pero yo le alcancé y le dejé atras; deseaba advertiros para que se lo previniéseis á Mr. Bailly.

— Has hecho un servicio importante.

— Mañana habrá mas que hacer.

— ¿Pues cómo?

— Porque el mismo San Juan, que ha denunciado á Mr. Foulon, ha propuesto hacer prender á Mr. Berthier, que se ha escapado.

— ¿Y se sabe donde está?

— Sí; parece que el buen San Juan era su hombre de confianza, y que ha recibido mucho dinero del yerno y del suegro, que querian sobornarle.

— ¿Y tomó el dinero?

— Sí señor; el dinero de un aristócrata siempre es bueno de tomar, pero dijo: un buen patriota no hace traicion á la nacion por el dinero.

— Sí, murmuró Billot; hace traicion á sus amos y nada mas. ¿Sabes, Pitou, que tu San Juan se me figura un solemne perillan?

— Es muy posible, pero no importa. En prendiendo á M. Berthier, como han preso á Foulon, los ahocarán á los

dos uno en frente del otro. Qué gestos harán al verse, ¿eh?

— ¿Y por qué los han de ahorcar? preguntó Billot.

— Porque son unos pícaros, y porque los aborrezco.

— Mr. Berthier, queha ido á nuestra hacienda; Mr. Berthier, que de vuelta de la Isla de Francia ha bebido leche en nuestra casa, y que ha enviado á Catalina dos hebillas de oro de París. ¡Oh! ¡no le ahorcarán!

— ¡Bah! dijo Pitou con ferocidad; era un aristócrata, un mal hombre.

Billot miró á Pitou lleno de asombro. Ante aquella mirada, Pitou no pudo menos de ruborizarse hasta lo blanco de los ojos.

En aquel momento, el honrado Billot vió á Mr. Bailly que pasaba del salón á su despacho, despues de una deliberacion.

Lanzóse á su encuentro, y le dió la noticia; pero á su vez, Billot tropezó con un incrédulo.

— ¡Foulon! ¡Foulon! exclamó el corregidor; eso es una locura.

— Esperad un momento, Mr. Bailly, dijo Billot; aquí teneis á Pitou que lo ha visto.

— Sí señor, lo he visto, dijo Pitou colocando la mano sobre su pecho y haciendo una reverencia.

Y en seguida contó á Bailly lo mismo que habia referido á Billot.

El pobre Bailly palideció, pues comprendia toda la estension de aquella catástrofe.

— Y Mr. Acloque le envia aquí? preguntó.

— Sí, señor corregidor.

— ¿Pero, cómo le envian?

— ¡Oh! ¡no tengais cuidado! dijo Pitou que interpretaba mal la inquietud de Bailly; lleva una buena escolta, y no será muy fácil que se escape en el camino

— ¡Ojalá se escapase! murmuró Bailly.

Despues, volviéndose hácia Pitou:

— ¡Una buena escolta! exclamó; ¿y qué entendeis por una buena escolta?

— El pueblo.

— ¿El pueblo?

— Mas de veinte mil hombres, sin contar á las mugeres, dijo Pitou con aire triunfante.

— ¡Desgraciado! murmuró Bailly. ¡Señores, señores! Y con una voz trémula convocó á todos los electores. Durante la narracion que les hizo de aquel acontecimiento, no se oyeron mas que exclamaciones de espanto.

Despues hubo un momento de silencio, durante el cual se empezó á oír un ruido lejano, confuso, indefinible, semejante al zumbido que produce la sangre en las personas atacadas de una congestion cerebral.

— ¿Qué es eso? preguntó un elector.

— El ruido que produce el pueblo que escolta á Foulon, sin duda, respondió otro.

De repente se detuvo un carruage en la plaza; este carruage encerraba á dos hombres armados, que hicieron descender de él á un tercero pálido y desencajado.

Detrás del coche, y conducidos por San Juan, corrian como hasta un centenar de muchachos de doce á diez y ocho años, gritando:

— ¡Foulon, Foulon!

Con todo, los dos hombres armados les llevaban algunos pasos de delantera, lo cual les dió tiempo para empujar á Foulon dentro del Hotel de Ville, cuyas puertas se cerraron aute aquella manada de ahulladores lobos.

— Aquí está ya, dijeron los electores que esperaban en lo alto de la escalera.

— ¡Señores, señores! exclamó Foulon; ¡salvadme!

— ¡Ah! respondió Bailly exhalando un profundo suspiro; ¡sois un gran criminal, Mr. Foulon!

— Sin embargo, caballero, exclamó este cada vez mas consternado; espero que al menos habrá una justicia que me defienda.

En aquel momento se redobló la gritería de los que se hallaban en la plaza.

— Ocultadle pronto, dijo Bailly á los que le rodeaban, ó si no...

Y se volvió hacia Foulon.

— Escuchad, le dijo; la situación es demasiado grave.

¿Quereis escaparos por el otro lado del Hotel del Ville?

— ¡Oh! no exclamó Foulon; ¡me conocerán y me asesinarán!

— ¡Segun eso, preferis quedaros aquí! Pues bien, estad seguro de que tanto yo como todos estos señores, haremos cuanto esté de nuestra parte para defenderos: ¿no es así, caballeros?

— Damos nuestra palabra de hacerlo así, contestaron los electores á una voz.

— ¡Oh! si, prefiero quedarme entre vosotros. ¡Señores, no me abandonéis!

— Ya os he dicho, dijo Bailly con dignidad, que haremos lo que sea humanamente posible por salvaros.

Los gritos se aumentaron en la parte de afuera.

— ¿Oís, oís? exclamó Foulon palideciendo.

Con efecto, la multitud desembocaba rugiendo por todas las calles que conducian al Hotel de Ville, y sobre todo por el muelle Lepelletier y por la calle de la Vannerie.

Bailly se aproximó á un ventana.

Los ojos, los puñales, las lanzas, las hoces y los mosquetes, relucian al sol con un brillo amenazador. En menos de diez minutos la gran plaza se cubrió de gente: era esta toda la escolta de Foulon, de que habia hablado Pitou, y que se habia aumentado con los curiosos, que oyendo aquella gritería acudian de todas partes.

Todas aquellas voces gritaban:

— ¡Foulon, Foulon!

Entónces aquellos cien precursores de la furiosa multitud, designaron la puerta por donde habia entrado Foulon, é inmediatamente se pusieron á derribarla con cuantos instrumentos podian haber á las manos.

Pero la puerta se abrió de repente.

Los soldados del Hotel de Ville aparecieron en ella y se adelantaron sobre los sitiadores, que retrocedieron primero ante las bayonetas, y dejaron despues un buen espacio vacío delante de la fachada.

Los oficiales, en vez de amenazar, arengaron amistosamente á la multitud, procurando calmarla.

Bailly estaba sin saber lo que le pasaba. Era esta la primera vez que el pobre astrónomo se hallaba frente á frente con la cólera del pueblo.

— ¿Y qué haremos? preguntaba á los electores

— Juzgarle, contestaron estos.

— No se puede juzgar bajo la influencia de la intimidación del pueblo, dijo Bailly.

— ¡Oh! exclamó Billot, ¿y no hay tropa para defenderos?

— Solamente unos doscientos hombres.

— Seria preciso pedir un refuerzo.

— ¡Oh! ¡si Mr. de Lafayette estuviese avisado!

— Pues avisémosle.

— ¿Y quién se encargará de ello? ¿Quién cruzará ese mar de gente?

— Yo, respondió Billot.

Y se preparó para salir.

Bailly le detuvo.

— Insensato, le dijo, mirad ese océano, seriais sumergido bajo la menor de sus olas. Si quereis llegar hasta Mr. de Lafayette, y aun así lo dudo mucho, salid por la parte de atrás del edificio.

— Está bien, respondió sencillamente Billot; y dichas estas palabras, partió como una centella.

CAPITULO XXIX

El Hotel de Ville.

Los ánimos se exasperaban mientras tanto, segun podria juzgarse por la algazara que iba siempre en aumento. Ya no era odio sino horror, no eran amenazas sino imprecaciones las que exhalaba aquella desenfrenada multitud.

Los gritos de ¡abajo Foulon! ¡muera Foulon! se